

EL OASIS DE QUILLAGUA: UNA NOTA SOBRE FRONTERAS ENTRE PICAS Y ATACAMAS (RÍO LOA INFERIOR, PERÍODOS INTERMEDIO TARDÍO Y COLONIAL TARDÍO, NORTE DE CHILE)

Quillagua Oasis: a Note on Frontiers Between Atacams and Picas (Lower Loa River, Late Colonial Period and Late Intermediate Period, Northern Chile)

FRANCISCO GALLARDO* & MARÍA CAROLINA ODONE**

Fecha de recepción: 22 de enero de 2019 – Fecha de aprobación: 11 de julio de 2019

Resumen

Este artículo trata, a modo de ensayo, sobre la naturaleza fronteriza del oasis de Quillagua a orillas del río Loa, desierto de Atacama. Se discuten los datos etnohistóricos tardíos y arqueológicos de una época posterior al 900 d.C. Es bien conocido que este oasis era un lugar de complementariedad ecológica e interacción entre grupos picas-tarapacás y atacamas, asunto que los registros arqueológicos remontan hacia el Período Intermedio Tardío. En nuestra discusión sobre estos y otros registros de Quillagua, valle rico en algarrobales y recursos hídricos, proponemos que las tensiones, las negociaciones y los conflictos interculturales dieron como resultado la construcción de una nueva identidad social y cultural de carácter dual. Un pacto social que tendría sus inicios en épocas prehispánicas.

Palabras clave: atacamas; picas-tarapacás; prehistoria de frontera; interculturalidad; sociedades duales.

Abstract

This article, by way of essay, deals with the frontier nature of Quillagua oasis on the banks of Loa River, Atacama Desert. Late ethnohistoric and archaeological data from a period after 900 AD are discussed. It is well known that this oasis was a place of ecological complementarity and interaction between Picas-Tarapacás and Atacamas groups, a matter that archaeological records go back to the Late Intermediate Period. In our discussion of these and other records of Quillagua, rich in algarrobo trees and water resources, we propose that intercultural tensions and negotiations resulted in the construction of a new dual social and cultural identity. A social pact that would have its beginnings in pre-Hispanic times.

Keywords: atacamas; picas-tarapacás; frontier prehistory; interculturality; dual societies.

* Arqueólogo, Profesor Asociado Programa de Antropología, Pontificia Universidad Católica de Chile e Investigador Centro de Estudios Interculturales e Indígenas (CIIR), Santiago de Chile. Proyectos FONDAF N° 15110006 y FONDECYT N° 1160045. Correo-e: fgallardo.ibanez@gmail.com

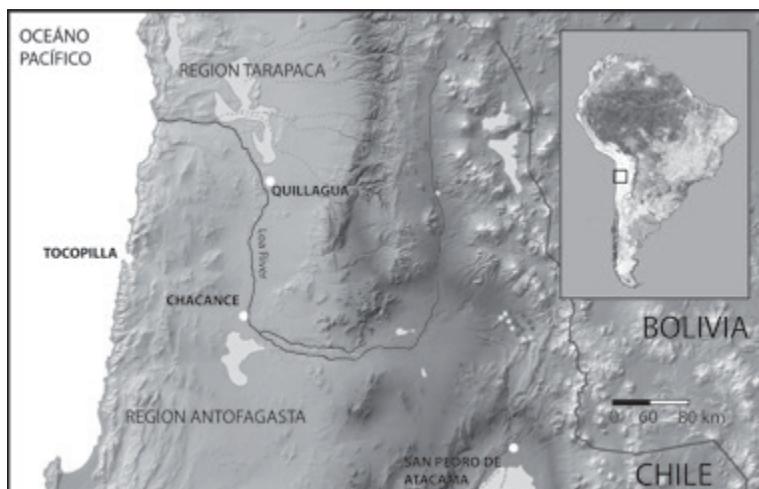
** Doctora en Historia, Profesora Adjunta Instituto de Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile. Correo-e: modoneco@uc.cl

Revisitando documentos coloniales

Desde la época de Ricardo Latcham (1938) se ha advertido la naturaleza fronteriza del oasis de Quillagua (Figura 1), lugar de encuentro de picas y atacamas, cuyos antecedentes arqueológicos se extienden hasta por lo menos el siglo X (Gallardo, Cornejo, Sánchez, Cases, Román & Deza, 1993a, 1993b; Agüero, Uribe, Ayala &

Cases, 1999). Sin embargo, pese a la riqueza de datos de distintas fuentes, no hemos avanzado mucho más allá de pensar la ocupación de este espacio desde la coexistencia, la negociación y los arreglos entre gente de tradiciones culturales diferentes. Algo que no es poco, pero insuficiente en relación con el conocimiento de las formas de organización social.

Figura 1. El área de estudio.



Fuente: Francisco Gallardo.

Ciertamente, la condición fronteriza del valle de Quillagua no es única. Este oasis, al igual que otros espacios del Loa medio y superior y del área Pica-Guatacondo, formaba parte de una malla de articulación de zonas productivas complementarias que posibilitó que las poblaciones indígenas que las habitaban, en este caso picas-tarapacás y atacamas, accediesen a una amplia gama de recursos y productos que se encontraban a distancia y ubicados en ambientes diferenciados, aun en tiempos coloniales. Desde esta perspectiva, mucho se

ha avanzado en dar cuenta de este espacio inserto en un contexto etnoterritorial no solo de interdigitación e interetnicidad, sino que también por articulación de cabeceras sociopolíticas que comprometían a atacamas, camanchacas, aricas y picas-tarapacás. El valle de Quillagua aparece, por lo tanto, como parte de un panorama etnoterritorial mucho más amplio (Martínez, 1990, 1992, 1998; Núñez, 1992; Gallardo et al., 1993a, 1993b; Odone, 1994, 1995, 1996, 2017; Agüero et al., 1999; Cases, 2007; Sanhueza, 2008; Cases y Montt, 2013).

Esta práctica económica-social entre distintos grupos indígenas que interactuaban espacialmente y complementaban recursos y bienes en un mismo espacio ecológico tiene ya una larga e importante tradición de investigación. Los estudiosos la reconocen como una forma de racionalidad económica que suponía un control directo de los recursos, ya sea a través de intercambio, colonización directa o dominación política, al mismo tiempo que se establecían alianzas, vinculaciones y lazos sociales entre las unidades étnicas (Murra, 1975; Salomon, 1985; Masuda, Shimada y Morris, 1985; Bouysse-Cassagne, 1987).

Con base en una lectura etnohistórica, por muchos años hemos referido la división territorial del valle entre picas-tarapacás y atacamas a los documentos recogidos por el historiador y geógrafo peruano Mariano Paz Soldán. Estos materiales han sido ampliamente utilizados y comentados para ilustrar no solo la condición fronteriza de Quillagua, sino que también el uso compartido de picas y atacamas, y su control directo del bosque de algarrobos característico de la zona:

[...] en una punta para abajo en que esta el pueblo antiguo pertenece a esta jurisdicción [a la de Tarapacá] y de ahí para arriba a la de Atacama, en una y otra parte siempre ha habido algarrobos y los hay; los de arriba desde dicha punta han poseído y poseen los indios de Atacama, y los de abajo indios de esta parcialidad sin permitir unos ni otros sus cosechas que siempre las han ido a cojer sin que se propasen de sus linderos (Paz Soldán, 1878, p. 55, cursivas nuestras).

José Luis Martínez propone pensar a Quillagua como una isla o nicho multiétnico no solo en los tiempos prehispánicos, sino que en funcionamiento aún en el período colonial temprano

(1998, p. 124). Apoya sus argumentos, además de en el documento ya referido, en la venta que efectúa el cacique de Atacama Domingo Lanchesmir o Lanchesnir “en nombre de don Pedro Niquitaya caçique princypal del dicho”¹ de:

[...] doscientas hanegadas de sembradura de mayz de tierras en la puna y valle de Quillagua y ualle de dicha cancha [?] ques que corre desde el camyno que va a la mar el rio abajo enterándose [...] en la dicha cantidad en el dicho valle que el dicho valle abajo hasta Quillagua y distrito de Atacama que por todas partes deslinda con cerros y llanos de Pomal y por labrar que el dicho valle no se labran y el del pueblo dicho para los yndios del dicho my pueblo lo qual vos vendo².

Esta información también resulta significativa puesto que permite pensar en la coexistencia de estrategias indígenas de acceso directo a los recursos del valle con una participación e incorporación en el sistema de la economía hispana local. El corregidor de Atacama, Juan Velásquez de Altamirano, a quien se le vendieron esas tierras, fue una figura central del control de la extracción de pescado en la costa de Atacama y de su posterior circulación en espacios mineros altoandinos (Martínez, 1985; Sanhueza, 1992; Odone, 2017).

Si picas y atacamas están ocupando un mismo espacio, evidentemente el valle de Quillagua tiene que ser pensado desde la organización dual o bien desde el sistema de manejo de dos unidades étnicas, picas-tarapacás y atacamas, cuyas autoridades políticas, en espacios de archipiélagos, “se entremezclaban implicando un sistema de jurisdicciones territoriales compartidas” (Hidalgo, 2004 [1987], p. 473). Esto necesariamente “exigía una gran habilidad política de los caciques para mantener relaciones pacíficas entre tantos grupos que habitaban un mismo valle” (íbidem). Se

asume, además, que las relaciones de ambas mitades podían ser de competencia y, al mismo tiempo, de complementación o ayuda mutua, y que se establecieron entre las autoridades étnicas, de ambas mitades, vínculos de parentesco “que ha inducido a los cronistas a decir que eran ‘hermanos’” (Hidalgo, 2004 [1971], p. 32).

En un segundo documento, a propósito de la segmentación social y productiva del valle de Quillagua, se dice lo siguiente:

El capitán Juan de Zarraga, de 85 años de edad, declaró [cortado:...] que lo sabe por haber sido mayordomo del Capitán Juan de los Rios, vecino que fue del Valle de Guatacondo, ha mas tiempo de sesenta años, y como a tal lo tuvo en el Valle de Quillagua cuidando todos los ganados que en él tenía y principió a sacar la sequia para regar, lo que no consiguió, esto á la otra banda del río en el cual tenia dichos sus ganados, *en las tierras que pertenecen a esta jurisdicción, que son las de abajo porque las de arriba son pertenecientes a Atacama y las divide una lomada que hace, en la cual hay un palo muy grueso bien acepillado formado de la gentilidad en donde está una pintura, arriba de él, que en una y en otra parte hay algarrobos, los de abajo desde dicho lindero pertenecen a esta Jurisdicción hasta el mar, y los de arriba a la de Atacama y con esto en los muchos años que tiene no ha visto hayga diferencia, sino que unos y otros han cogido sus cosechas sin propasarse del lindero* (Paz Soldán, 1878, p. 56, cursivas nuestras).

Poca duda cabe de que se trata de una división territorial ritualizada, particularmente diseñada para el manejo del bosque de algarrobos, recurso central de las economías sociales y simbólicas de las poblaciones que ocupaban el valle (Gallardo y Mege, 2012). No podemos desconocer, además, que esa división también se haría extensible al manejo del cultivo de maíces y quinuas (Paz Soldán, 1874, p. 54; Odone, 2017, p. 124).

Las divisiones Arriba/Abajo no solo se aplicaron para el valle de Quillagua, pues también habrían servido para zanjar territorialmente a picas y atacamas en la localidad de Chacance (también en el río Loa, a unos 70 km al sur) y Tocopilla (en la costa del océano Pacífico):

Diego Altina, de mas de 80 años de edad, dijo que su maestro quien lo enseñaba a cantar lo llevo a Atacama, en donde estuvo algunos años, y era en la ocacion Cura de Chiuchiu D Diego Reaño Fajardo y Corregidor D. Juan Fausto Güemes Torquemada, y estando el dicho ahi vido que el dicho Cura mando juntar todos los principales y el Curaca, que en la sason era llamaba D. Juan Antonio Veltecoles, y los otros que se acuerda se llamaban D. Francisco Laucar y D. José Moncada y D. Pedro Pablo, y por fin otros mechos acompañaron al Cura, y *este declarante, como muchacho, los acompañó, y habiendo llegado á Chacance en un algarrobo grande se pusieron a descanzar, y le dijo D. Francisco Lançar, que era muy viejo, á este declarante que en este algarrobo mataron á tu ague* [cortado:....] Altina, *que vino de Capitan de los indios de Pica, y p* [cortado:....] *muerto el dicho caudillo se partieron las tierras de* [cortado:...] *desde una lomada que hace en dicha quebrada* [cortado:...] *ajo son las tierras de los indios de Pica, y de ahí para arriba son las tierras de Atacama y prosiguió el Cura con toda la gente hasta Tucupilla, que está en la costa, y mandó hacer una capilla que la levantaron entre todos, y oyó decir allí al Cura como á los indios que de allí para arriba era de los Atacamas y ahí* [cortado:...] *ra jurisdiccion de Arica* (Paz Soldán, 1878, p. 57, cursivas nuestras).

En Chacance, al igual que en el valle de Quillagua, nos encontramos también con una división material, el algarrobo grande, que correspondía a un objeto metafórico conmemoratorio que estaría recordando *que después del asesinato del capitán de los picas se efectuó la división del lugar*. Es decir, en este caso particular, que la interacción de poblaciones indígenas de identidades, culturalmente, distintas, que compartían un mismo espacio, no

estuvo exenta de tensiones y conflictos por la defensa de sus territorios (Odone, 2017).

A su vez, estas declaraciones resultan de enorme importancia para la comprensión de los deslindes indígenas. Estos no deben confundirse con la noción de límite sugerido por la documentación del siglo XVIII, que separa, divide o fracciona el espacio a partir de la utilización del enunciado Arriba/Abajo. Ese fue el procedimiento europeo destinado a distribuir y ordenar las tierras y poblaciones indígenas siguiendo un orden euclidiano. Sin embargo, si tomamos en cuenta las reveladoras observaciones de José Luis Martínez (1992) de que las categorías espaciales europeas denotan más asuntos sociales que de otra índole, el resultado de esta lectura aparecerá trastocado en una realidad social mucho menos simple.

Organizaciones duales en el río Loa inferior

Resulta curiosa la redundancia de la distinción Arriba y Abajo que gobierna las localidades de Quillagua, Chacance y Tocopilla y que es la misma bajo la cual se distribuyen atacamas y picas. Se trata de una concepción del espacio que contradice abiertamente las aspiraciones limítrofes del Perú respecto de Bolivia aducidas en el texto, pues la legibilidad de las distinciones indígenas no se apega a la concepción geográfica del deslinde europeo. Sería imposible trazar ese límite regional imaginario entre atacamas y picas obedeciendo a la regla de Arriba y Abajo, pues Quillagua y Chacance son oasis del mismo río.

Si intentáramos proveer de continuidad espacial a estas divisiones limítrofes tendríamos como resultado una paradoja. Si en Quillagua los atacamas están Arriba y los picas Abajo; y en Chacance los atacamas están Arriba y los

picas Abajo, el límite territorial entre Perú y Bolivia tendría que ser trazado usando el río Loa. Bajo este precepto, los tarapacas quedarían al lado norte de este y los atacamas al sur del mismo. Lógico, pero, y Tocopilla, ¿a qué territorio pertenecería? Quedaría dentro del “territorio” atacama.

Menos paradójico y más indígena resulta esta fórmula de división espacial si se la observa como el resultado de una operación social remitida exclusivamente a las localidades gobernadas por la tensión entre dos etnias que han establecido arreglos de frontera, algo que funciona bien en la idea de territorio salpicado y desde soluciones culturales que tienen su origen en prácticas ancladas en el mundo prehispánico (Martínez, 1990, 1998).

El fracaso de esta interpretación colonial y republicana europeizante queda al descubierto, con mayor notoriedad, en la evidencia solemne y ritual de “un palo muy grueso bien acepillado formado de la gentilidad en donde está una pintura” como señal pública de la distinción entre atacamas y picas. Un objeto de madera que pudo corresponder a un tronco tallado y pintado, como los hallados en la región de Tarapacá, Quillagua, Chacance y Chiu Chiu. Todos son de filiación prehistórica y pertenecientes al complejo arqueológico Pica Charcollo en contextos posteriores al 800 d.C. (Figura 2). Cecilia Sanhueza ha adscrito esta intervención material al sistema de deslindes prehispánicos vinculados a los antepasados (2008, pp. 66-67). Su interpretación descansa en un particular campo semántico del aymara colonial temprano, recogido por el sacerdote jesuita Ludovico Bertonio (1984 [1612]) en el *Vocabulario de la lengua aymara*: “Achachi: La cepa de una familia. Achachi: Termino, o mojón de tierras. Achachi faattantha, ponerle” (pp. 5-6).

Figura 2. Tronco cepillado, modelado y pintado de un cementerio del Período Intermedio Tardío en la zona de Chacance. Es probable que el madero de los documentos históricos haya pertenecido a esta serie de artefactos de origen tarapaqueño (Museo del Salitre, María Elena).



Fotografía: Francisco Gallardo.

Por ende sería posible reconocer el tronco/poste de árbol como parte de un sistema de divisiones y deslindes más amplios, que podrían pensarse desde lo expresado por Claude Lévi-Strauss para los grupos nambikuara como una manera de “recordar su origen dual mediante el hábito de mantener la separación entre las fogatas del campamento” (1943, p. 403, traducción gentileza de Estefanía Vidal Montero). En el caso particular de Quillagua, ese *hábito* de recordar el origen dual se habría materializado en un poste de carácter conmemorativo que daba cuenta de un hecho de

memoria y que se asociaba con “¿Un ‘ídolo de madera (como lo llamaron los españoles), una *wak’a*, para expresarlo en términos más andinos?, ¿y esto junto a pintura parietal, a lo que hoy llamaríamos ‘arte rupestre’?” (Martínez, 1998, pp. 124-125).

Sanhueza pone al descubierto la expresa relación entre límites y antepasados en la regulación del territorio indígena, pero va más lejos en su indagación, pues anota que en el mismo diccionario de Bertonio, *Saattatha* es enderezar o levantar una columna o palo

(Bertonio, 1984 [1612], p. 304; Sanhueza, 2008, p. 66). Vale decir, una señal que simultáneamente es diferencia y semejanza de orden social. Poca duda cabe sobre la observación de Martínez (1998, p. 123) de que este modo de manejar el espacio hunde sus raíces en el pasado de las poblaciones nativas de la región.

En otros espacios surandinos, en particular en la provincia de Charcas y bajo el Inka Wayna Qhapaq, se reconoce la existencia de relaciones entre los charka y los sura. Ambas naciones “compartían un mismo lindero en Cochabamba: coincidían en la chacra de Londo” (Platt, Bouysse-Cassagne & Harris, 2006, p. 66). En ese lugar, “los Mallku de Sura y Charka [...] tenían sus casas, que hacían oficio de mojones entre las naciones Sura y Charka” (íbidem). A su vez, “el sitio de Londo era también un wak’a [...] se trataba entonces de un espacio ritual compartido por ambos grupos, que probablemente se dedicaban a conmemorar sus respectivas historias cantando sus rivalidades a lo largo de sus borracheras rituales” (íbidem). Este ejemplo nos permite pensar que tanto en el valle de Quillagua como en el de Chacance, los postes en uno, el algarrobo en el otro, expresaban hechos de memoria de límites o deslindes, y que eran objetos de respeto que seguían vivos y refundados desde las prácticas rituales de recordar y conmemorar.

El registro arqueológico intercultural en Quillagua

Sabemos que existe una larga tradición de estudios de territorios compartidos, “lugares privilegiados para el estudio arqueológico del grado de integración de los distintos

grupos sociales” (Platt et al., 2006, p. 39). El valle de Quillagua y el de Chacance son, en ese sentido, lugares privilegiados. José Luis Martínez (1998) plantea, al respecto, dos preguntas interesantes: “¿Se trataba de grandes espacios, utilizados precisamente como áreas de interacción?, ¿o estamos en presencia de algunas de aquellas ‘variaciones’ o ‘aplicaciones locales’ de la complementariedad?” (p. 127). Pensamos que sí.

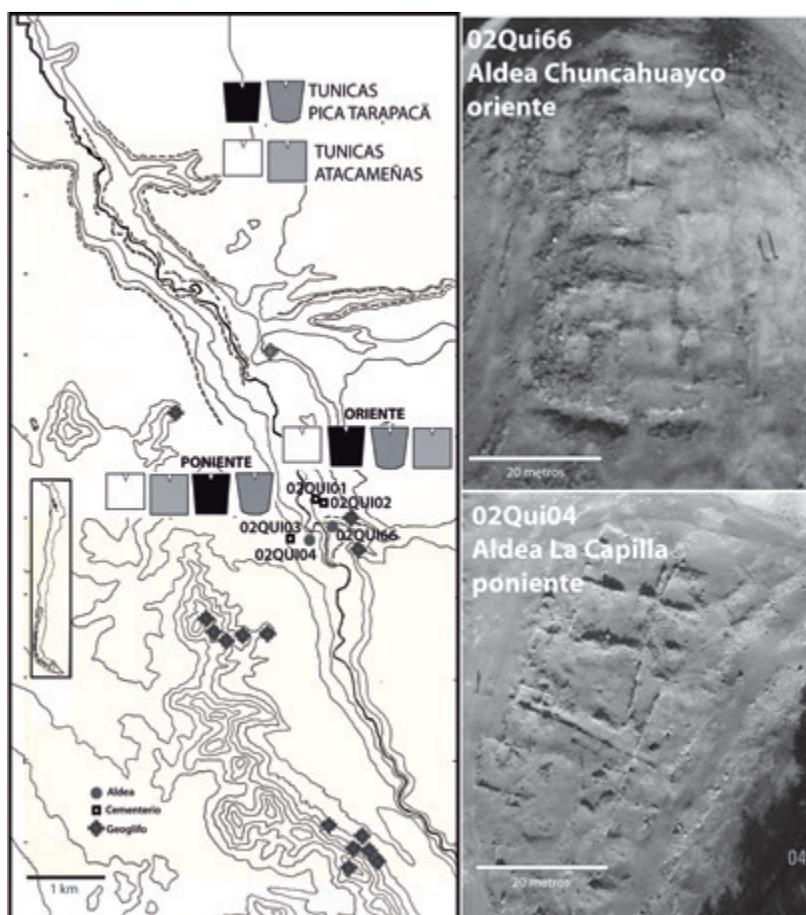
El registro arqueológico más tardío de Quillagua va en esa dirección. En el centro de este oasis se aglomeran todos los sitios posteriores al 700 d.C. (Figura 3). Ahí se levantan las ruinas del “pueblo antiguo” conocido como la Capilla (Sitio 02Qui04), lugar donde se observa también un extenso cementerio que Latcham llamó “Poniente” (Sitio 02Qui03), sitios que exhiben un denso registro de basuras y artefactos procedentes de Atacama. Su singularidad se expresa en sus actividades metalúrgicas en cobre, con áreas de fundición y la presencia de moldes de cinceles y hachuelas para trabajar madera (Cervellino y Téllez, 1980).

También hay un registro arqueológico extenso inmediatamente enfrente y al otro lado del río Loa, donde se ha identificado otro gran cementerio (Sitios 02Qui01 y 02Qui02) y una aldea con foso (Sitio 02Qui66) en la cumbre de un cerro bajo junto a la quebrada Chuncahuayco. El diseño de esta aldea sigue un patrón arquitectónico semejante a los núcleos aldeanos de la quebrada de Tarapacá, es decir, una planta ortogonal característica de la arquitectura en la quebrada (Urbina, Adán, Pellegrino & Izaurieta, 2018), por lo que es probable que este lado del río haya correspondido al contingente pica mencionado por los documentos.

La arqueología de la aldea es conocida solo por la evidencia de superficie y es poco lo que podemos adelantar al respecto. Conocemos mejor los tejidos recuperados en los cementerios, muchos de los cuales provienen de los desechos dejados por los saqueadores. Aunque los números respecto a este material

están afectados por esas actividades ilegales, es probable que este saqueo haya estado orientado a las piezas en mejor estado de conservación, de buena manufactura y mayor valor en el mercado de coleccionistas, y no especialmente a la vestimenta, que suele estar fundida a los fluidos secos de los cuerpos.

Figura 3. Área de estudio y distribución de túnicas ordenadas de mayor a menor de acuerdo al registro publicado (Fuentes: Agüero, 2015; Cases & Montt, 2013). Se incluye fotografías aéreas de los sitios 02Qui04 y 02Qui66. La primera es en superficie aproximadamente el doble que la segunda. 02Qui04 cuenta con grandes patios destinados a la fundición de metal de cobre (Cervellino y Téllez, 1980).



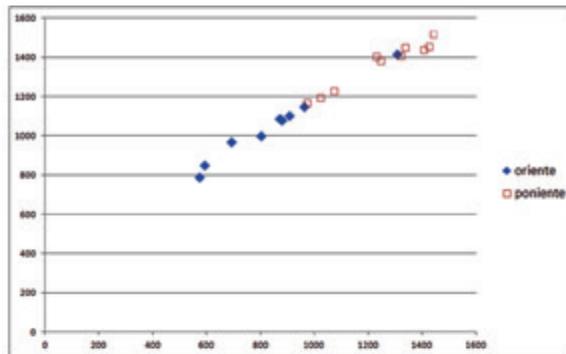
Carolina Agüero (1998, 2000, 2007, 2010, 2015; Agüero, Uribe, Ayala & Cases, 1997; Agüero et al., 1999) ha examinado estas colecciones, al igual que otras de la región de Tarapacá y Antofagasta, dándole importancia a las túnicas o camisas, que entre las comunidades de los Andes en la época de contacto eran un medio privilegiado de identidad o filiación étnica. En Tarapacá estas prendas son principalmente trapezoidales con base curva o recta y en Atacama rectangulares o cuadradas. En cada caso las primeras suelen ser más frecuentes que las segundas. En cuanto frontera, Quillagua reúne todas estas formas, aunque con una distribución diferencial. Mientras que en el cementerio poniente junto al “pueblo antiguo” las túnicas predominantes son las de origen atacameño (cerca de 90%) y las de menor representación las del linaje pica (apenas superior a 10%), en los cementerios del oriente asociados a la aldea de planta tarapaqueña, estas piezas de vestimenta bordean un 50% de presencia para cada una de las filiaciones.

Esa distribución se replica en el cementerio prehispánico de Chacance, con abundantes y vistosas ofrendas picas charcollo y atacameñas, localidad que también es mencionada por los documentos (Agüero, 2015, p. 148). Ahí existe un pequeño complejo residencial de planta tarapaqueña, contemporáneo a las evidencias

de Quillagua. Las expresiones cuantitativas de los tejidos conocidos curvan la aparente rigidez de los límites étnicos de los documentos, puesto que revelan una porosidad étnica que se manifiesta también en la persistente introducción de terminaciones y elementos decorativos picas en las túnicas o camisas atacamas.

Si a estos enredos materiales identitarios se agrega la distribución de los geoglifos de origen tarapaqueño en el oasis, que flanquean y dominan de manera ostentosa los alrededores del área arqueológica aludida, podemos pensar que estamos frente a un Arriba/Abajo que opera como “límite” de una organización dual. Pareciera ser una forma política de integración social inesperada para dos grupos étnicos, pero plausible en ese escenario fronterizo. Sin duda se trataba de una interculturalidad tensa, como lo sugiere el foso que flanquea el acceso de la aldea tarapaqueña de Quillagua, pero en un ambiente relativamente pacífico dada la ausencia de otras evidencias³. Ahora se constata una percepción indígena que permite discutir desde las categorías del *otro* el registro arqueológico más tardío de Quillagua. Sabemos que hacia el centro de este oasis se aglomeran todos los sitios posteriores al 700 d.C. (Figura 3), que de acuerdo a los actuales fechados absolutos sugieren coexistencia entre dos sistemas de asentamiento (Figura 4).

Figura 4. Fechados por termoluminiscencia y radiocarbono 14, localidad de Quillagua. Período Intermedio Tardío e Inca.



Sitio	Tipo	Convencional	Sigma Inf.	Sigma Sup	Referencia	Proyecto
Oriente Alto	TL	680+/-110	570	790	Gallardo et al. 1993	FONDECYT 0196/93
Oriente	TL	720+/-130	590	850	Gallardo et al. 1993	FONDECYT 0196/93
Oriente Alto	TL	830+/-140	690	970	Gallardo et al. 1993	FONDECYT 0196/93
Oriente	TL	900+/-100	800	1000	Gallardo et al. 1993	FONDECYT 0196/93
Poriente	TL	980+/-110	870	1090	Agüero et al 1999	FONDECYT 1950071
Oriente	TL	980+/-102	878	1082	Agüero et al 1999	FONDECYT 1950071
Oriente	TL	1005+/-99	906	1104	Agüero et al 1999	FONDECYT 1950071
Oriente	TL	1055+/-94	961	1149	Agüero et al 1999	FONDECYT 1950071
Chuncahuayco	RC	630+/-30	1304	1415	Gallardo	FONDECYT 1360045
Poriente	TL	1070+/-100	970	1170	Agüero et al 1999	FONDECYT 1950071
Oriente	TL	1110+/-89	1021	1199	Agüero et al 1999	FONDECYT 1950071
Poriente	TL	1150+/-80	1070	1230	Gallardo et al. 1993	FONDECYT 0196/93
La Capilla	RC	710+/-70	1228	1407	Muñoz 1976	
Poriente	TL	1315+/-70	1245	1385	Gallardo et al. 1993	FONDECYT 0196/93
La Capilla	RC	620+/-20	1319	1411	Uribe 2014	FONDECYT 1110481
Poriente	TL	1395+/-60	1335	1455	Agüero et al 1999	FONDECYT 1950071
La Capilla	RC	550+/-20	1404	1441	Uribe 2014	FONDECYT 1110481
Poriente	TL	1480+/-40	1440	1520	Agüero et al 1999	FONDECYT 1950071
La Capilla	RC	450+/-20	1423	1458	Uribe 2014	FONDECYT 1110481

Fuente: Francisco Gallardo.

Esto admite condiciones de coexistencia cultural suficientemente arraigada como para expresar una nueva etnicidad, que entre los retazos de unos y otros simplemente ocupaba un lugar social nuevo, enteramente propio. De hecho, ambas mitades tenían “un palo muy grueso bien acepillado formado de la gentilidad en donde está una pintura”, como se mencionó, probablemente un testimonio de antepasados que ponía en evidencia una genealogía común (Figuras 2 y 3).

Epílogo

En el valle de Quillagua, como en el de Chacance, vemos como atacamas y picas-tarapacás establecieron relaciones y coincidieron en torno al símbolo del tronco mencionado, aunque siga siendo por ahora una gran interrogante el modo de articulación de esa organización dual.

De ser correcta nuestra lectura documental e interpretación arqueológica correlativa, Quillagua habría albergado una novedosa solución intercultural, pues sus actores hicieron de su deslinde un espacio para una emergente comunidad, donde dos grupos de distinta

identidad cultural encontraron un arreglo social para resolver las demandas de sus diferencias ante los imperativos de una misma historia local. En este escenario, la dualidad andina podría entonces ser considerada tanto un principio como una estrategia de interacción social.

Pero, más allá de estas consideraciones, lo que parece estar en juego en estos arreglos sociales es quizás algo de mayor importancia. Precisamente, nuestra noción de cultura como un “todo complejo” (del tipo que sea) aparece contestada, en especial cuando es tratada como algo inmaculadamente distinto, sólido e integrado. Lo que la evidencia indica es que si en los deslindes una comunidad se vuelve abiertamente porosa, fragmentada, imprecisa y diversa, entonces es probable que este mismo principio gobierne la acción de los sujetos en la construcción de la vida cultural. Nos encontraríamos ante una fórmula ejemplar donde cooperación y competencia son fundantes de un único modelo de vida social en el que las identidades se negocian.

El valle de Quilagua presenta pruebas que dan cuenta, desde la etnohistoria⁴ y la arqueología, que fue un oasis de interacción, de flujo de personas de diferentes identidades culturales, gente de habla aymara y kunza, etnográficamente reconocidos como picas-tarapacás y atacamas, cuyas comunidades operaban y funcionaban en una red de interacciones sociales basadas en los principios de cooperación y competencia, en un ambiente físico-territorial también de conflicto.

Agradecimientos

A la cordialidad de los habitantes de Quilagua y sus dirigentes. A la Fundación Desierto de Atacama. A los comentarios de los colegas del Programa de Antropología durante una conferencia en el campus San Joaquín, y a Jona Holtmannspötter, quien despertó nuestra curiosidad sobre el asunto tratado en este artículo. También agradecemos las observaciones, sugerencias y críticas de nuestros evaluadores, las que nos permitieron volver a pensar nuestros pensamientos.

Notas

¹ Archivo Nacional de Bolivia (ANB), Escribanos Públicos de La Plata, vol. 53, año 1588, fs. 191r, cit. por Martínez, 1998, p. 123.

² Archivo Nacional de Bolivia (ANB), Escribanos Públicos de La Plata, vol. 53, año 1588, fs. 191r, cit. por Martínez, 1998, pp. 123-124.

³ Christina Torres-Rouff (Comunicación personal) analizó un centenar de cráneos de Quilagua, depositados en el Museo de Historia Natural de Valparaíso, pertenecientes a la colección de Luis Vergara Flores. No encontró vestigios de violencia en ellos.

Aunque no sabemos los sitios de procedencias, es probable que provengan de los cementerios más tardíos que presentan una superficie más grande y un mayor número de individuos (Vergara, 1905; Strange, 1995).

⁴ Es necesario seguir avanzando en la búsqueda de material documental que nos permita profundizar en nuestro modo de entender los alcances y la historicidad del manejo dual del valle en tiempos coloniales tempranos, evidencias que serían materia de otro artículo.

Referencias bibliográficas

- Agüero, C.** (1998). Estilos textiles de Atacama y Tarapacá y su presencia en Quillagua durante el Período Intermedio Tardío. *Boletín del Comité Nacional de Conservación Textil*, (3), 103-128.
- _____. (2000). Fragmentos para armar un territorio. La textilería en Atacama durante los períodos Intermedio Tardío y Tardío. *Estudios Atacameños*, (20), 7-28.
- _____. (2007). El vestuario en la conformación y consolidación de la identidad cultural de las poblaciones de Tarapacá durante el Período Intermedio Tardío. (Tesis inédita de maestría en antropología). Universidad Católica del Norte, Universidad de Tarapacá.
- _____. (2010). Vestuario e identidad cultural en Tarapacá. *Actas del XVII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*. Valdivia: Universidad Austral.
- _____. (2015). *Vestuario y sociedad andina. Desarrollo del complejo Pica-Tarapacá*. San Pedro de Atacama: Quilqa.
- Agüero, C., Uribe, M., Ayala, P. & Cases, B.** (1997). Variabilidad textil durante el período Intermedio Tardío en el valle de Quillagua: una aproximación a la etnicidad. *Estudios Atacameños*, (14), 263-290.
- _____. (1999). Una aproximación arqueológica a la etnicidad y el rol de los textiles en la construcción de la identidad cultural en los cementerios de Quillagua (norte de Chile). *Gaceta Arqueológica Andina*, (25), 167-197.
- Bertonio, L.** (1984 [1612]). *Vocabulario de la lengua aymara*. Cochabamba: Centro de Estudios de la Realidad Económica y Social, Instituto Francés de Estudios Andinos, Museo Nacional de Etnografía y Folklore.
- Bouysse-Cassagne, T.** (1987). *La identidad aymara. Aproximación histórica (siglo XV, siglo XVI)*. La Paz: HISBOL, Instituto Francés de Estudios Andinos.
- Cases, B.** (2007). Continuidad, cambio y variaciones en las bolsas domésticas de Quillagua durante el Período Intermedio Tardío. (Tesis inédita de maestría en antropología). Universidad Católica del Norte, Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo San Pedro de Atacama, San Pedro de Atacama. Universidad de Tarapacá, Departamento de Arqueología y Museología, Arica.
- Cases, B. & Montt, I.** (2013). Las túnicas rupestres pintadas de la cuenca media y alta del Loa vistas desde Quillagua (Norte de Chile). *Chungara*, 45(2), 249-275.
- Cervellino, M. & Téllez, F.** (1980). Emergencia y desarrollo en una Aldea Prehispánica de Quillagua-Antofagasta. *Contribución Arqueológica*, 1 (Copayapu). Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Museo Regional de Atacama, Copiapó.
- Gallardo, F. & Mege, P.** (2012). Cuando los frutos no dejan ver el bosque. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología*, (41-42), 43-52.
- Gallardo, F., Cornejo, L., Sánchez, R., Cases, B., Román, Á. & Deza, Á.** (1993a). Una aproximación a la cronología y el asentamiento en el oasis de Quillagua (Río Loa, II Región). *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología, Boletín del Museo Regional de la Araucanía*, (4), 41-60.
- _____. (1993b). Arqueología en el valle de Quillagua, río Loa, norte de Chile. *Gaceta Arqueológica Andina*, (23), 125-138.
- Hidalgo, J.** (2004 [1971]). Algunos datos sobre la organización dual en las sociedades protohistóricas del Norte Chico de Chile. El testimonio de los cronistas. En Hidalgo, J. (Ed.), *Historia andina en Chile*, Vol. I, (pp. 25-32). Santiago: Editorial Universitaria.
- _____. (2004 [1987]). Cacicazgos del sur occidental andino: origen y evolución colonial. En Hidalgo, J. (Ed.), *Historia andina en Chile*, Vol. I, (pp. 471-477). Santiago: Editorial Universitaria.
- Latcham, R.** (1938). *Arqueología de la Región Atacameña*. Santiago: Universidad de Chile.
- Lévi-Strauss, C.** (1943). The Social Use of Kinship Terms among Brazilian Indians. *American Anthropologist, New Series*, 45(3), Parte 1, 398-409.
- Martínez, J. L.** (1985). Información sobre el comercio de pescado entre Cobija y Potosí, hecha por el corregidor de Atacama, Don Juan de Segura (19 de julio de 1591). *Cuadernos de Historia*, (5), 161-171.
- _____. (1990). Asentamiento y acceso a recursos en Atacama (siglo XVII). *Serie Cinco Siglos: Nuevo Mundo*, (5), 13-61.
- _____. (1992). Textos y palabras. Cuatro documentos del siglo XVI. *Estudios Atacameños*, (10), 135-150.
- _____. (1998). *Pueblos del chañar y el algarrobo. Los atacamas en el siglo XVII*. Santiago: Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Facultad de Filosofía y Humanidades-Universidad de Chile.
- Masuda, S., Shimada, I. & Morris, C.** (Eds.) (1985). *Andean Ecology and Civilization. An Interdisciplinary Perspective on Andean Ecological Complementarity*. Tokio: University of Tokyo Press.
- Murra, J.** (1975). *Formaciones económicas y políticas del mundo andino*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Núñez, L.** (1992). La sociedad tarapaqueña al tiempo de la invasión europea. *Revista Campus Iquique*, (20), 60-71.
- Odone, C.** (1994). La territorialidad indígena y española en Tarapacá colonial (siglos XVI-XVIII): una proposición. (Tesis inédita de licenciatura en historia). Instituto de Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago.
- _____. (1995). Quillagua: la descripción de un espacio desde la historia. *Actas del II Congreso Chileno de Antropología*, Vol. 2, (pp. 598-605).
- _____. (1996). El tejido de las estrategias de distribución y circulación espacial en Tarapacá: un registro colonial. *Memoria Americana*, (4), 57-80.
- _____. (2017). El Valle de Quillagua (siglos XVI-XX). *Palimpsesto*, número especial (enero-junio), 120-150.
- Paz Soldán, M.** (1878). *Verdaderos límites entre el Perú y Bolivia*. Lima: Imprenta Liberal.
- Platt, T., Bouysse-Cassagne, T. & Harris, O.** (2006). *Qaraqara-Charka. Mallku y Rey en la provincia de Charcas (siglos XV-XVII). Historia antropológica de una confederación aymara*. La Paz: Instituto

Francés de Estudios Andinos, Plural, University of St. Andrews, University of London, Inter American Foundation, Fundación Cultural del Banco Central de Bolivia.

Salomon, F. (1985). The Dynamic Potential of the Complementary Concept. En Masuda, S., Shimada, I. & Morris, C. (Eds.), *Andean Ecology and Civilization. An Interdisciplinary Perspective on Andean Ecological Complementarity* (pp. 511-531). Tokio: University of Tokyo Press.

Sanhueza, C. (1992). Tráfico caravanero y arriería colonial en el siglo XVI. *Estudios Atacameños*, (10), 169-182.

_____ (2008). Territorios, prácticas rituales y demarcación del espacio en Tarapacá colonial en el siglo XVI. *Boletín del Museo*

Chileno de Arte Precolombino, 13(2), 57-75.

Strange, J. (1995). Cementerios saqueados de Quillagua. *Museos*, (20), 21-24.

Urbina, S., Adán, L., Pellegrino, C. & Izaurieta, R. (2018). Historia arquitectónica de Tarapacá: estrategias residenciales y formación de asentamientos, siglos X AC a XVII DC (Andes Centro Sur). *Estudios Atacameños*, (58), 125-149.

Vergara, L. (1905). Cráneos de paredes gruesas (nuevas investigaciones en 63 cráneos de Quillagua y algunos de la costa). *Revista Chilena de Historia Natural*, 10(3-6), 160-172.